

EL LIBRO A TRAVES DE LOS TIEMPOS

Por Manuel de Jesús Goico Castro

Al Prof. Angel María Tejada Castillo

Cuando un ser humano corona sus metas, sus ideales y sus sueños, se juzga realizado. tras consagrar su vida al atesoramiento de nociones fundamentales en torno a las letras y a las ciencias.

Formulo estas reflexiones para reconocer que esta noche el destino me es propicio al tener el honor de pronunciar las palabras de apertura de esta solemne investidura. Como un don, el cielo me depara el privilegio de orientar a las nuevas generaciones, con un mensaje insuflado de alientos de paz y de sanas doctrinas. Me reputo tocado de la gracia divina, como aquel personaje de uno de mis cuentos, quien al concluir sus cotidianas faenas y analizar con un riguroso examen su conciencia, al anochecer, proclamaba pletórico de orgullo: *"! Hoy he sido feliz, porque he sido útil! "*

Comparezco a esta tribuna trémulo de emoción de buena voluntad... Accedo a un cordial reclamo de los directivos del Colegio Mahatma Gandhi. Decidieron que sobre mis hombros

gravitara la responsabilidad de pronunciar el discurso de orden de este solemne acto de graduación académica. Gentilmente no dictaminaron imponerme tema ni tiempo para el desarrollo de esta disertación. Caballerosidad e ingenio me obligan a ser breve. Aspiro a dejar flotando en el ambiente y en el corazón del auditorio la inquietud y el anhelo de volver a escucharme en otras oportunidades.

Como ciudadano consciente de los problemas que abaten el mundo contemporáneo, entre otros muchos proyectos de bien colectivo, me anima el afán permanente de lograr estos objetivos cardinales: contribuir a despertar y afianzar en el espíritu de la juventud el amor a la lectura.

Como intérprete de esa inquietud, el tema de esta disertación es: *El libro a través de los tiempos*.

Desde la aparición del hombre sobre la tierra nace en él la inquietud de poder transmitir su pensamiento. Después de grandes elucubraciones al fin logra grabar signos imprecisos en la corteza de los árboles y en las piedras, con punzantes buriles y hachas rústicas que sus torpes manos manipulan. Tiempos después, desde las montañas transmite señales con fogatas y hogueras. Usa gonfalones o banderas para lanzar consignas previamente convenidas. Se sirve de pífanos y caracoles para transmitir sonidos y reproducir el eco en las cavernas a grandes distancias, únicos medios de comunicación que la primitiva cultura neolítica puso a su alcance.

Astrónomos incipientes y aficionados a la magia comienzan a interpretar el lenguaje de los astros. *Fue el cielo acaso el primer libro de que dispuso el hombre primitivo.*

Oráculo infalible fue el cielo en las primeras edades de la historia. El hombre primitivo solía descifrar en las manchas del Sol o de la Luna o en la posición y en el inestable brillo de los astros, las épocas de siembras, las épocas de lluvias, maleficios, bonanzas, cataclismos, asoladoras plagas y otras respuestas a sus misteriosas incógnitas.

La historia del libro, la historia de los "incunables," la historia de la imprenta, la historia de las bibliotecas más antiguas del mundo, los grandes libros que los genios han legado

a la humanidad, esto es, las obras maestras, los "best sellers," son temas tan hermosos, tan llenos de luz y de sabiduría, que ofrecen margen para escribir una extensa conferencia, una obra en tres o cuatro volúmenes por lo menos, que ponga de resalto el ingenio y la erudición de quien se consagre con mística y fervor a tan ilustrativa empresa enciclopédica.

El libro tuvo lúcidos antecedentes en las inscripciones destinadas a divulgar hechos notorios, como aquella histórica reseña que Darío I de Persia hizo grabar en un acantilado de mármol a 540 metros de altura para perpetuar la victoria obtenida sobre los rebeldes de su imperio.

Antes de arribar a la creación del *papiro* como la materia prima precursora del libro y del "incunable," los indios védicos escribían con pinceles sobre hojas de palma. Los asirios y los babilonios en ladrillos de arcilla, rayándolos con un buril. Herodoto relata las escrituras en *cuero* con cañas afiladas semejantes a nuestras plumillas. El uso del *papiro* constituyó un paso positivo. En su elaboración intervenía una planta despojada de su corteza, dividido su tejido celular en capas delgadas, sometidas a la acción de las aguas del Nilo, cruzadas con una trama sutil y firme, antes de adoptar definitivamente la forma de *hoja*.

La famosa Biblioteca de Alejandría, fundada por Tolomeo I en el año 300 a.C. atrajo a estudiantes de todo el mundo helénico a aquel gran centro de cultura. Alejandría se convirtió en una metrópoli para el mercado de libros griegos, que en una proliferación de copias, como trasmiscras de cultura, pasaban de mano en mano. La distribución de las obras no implicaba ganancia alguna para los autores. Se publicaban "por amor al arte" y en especiales circunstancias por conveniencia política.

Este desprendimiento y este romanticismo toca a su fin cuando la difusión del libro alcanza su esplendor con la aparición de los primeros mecenas y surge un estímulo económico para los autores, que perciben en aquellas antiguas monedas: dracmas, sestercios, denarios, minas de plata alejandrina y talentos áticos, directa compensación por sus excelsas producciones.

Horacio no tarda en jactarse de que sus obras son conocidas en las riberas del Bósforo, en las Galias, en España y en otras remotas latitudes. Profetiza que su *Arte Poética* se venderá siempre en abundancia. Eufóricamente proclama: "He aquí un libro que cruzará los mares y hará ganar dinero a los editores y dará fama a su autor."

Los biógrafos de Horacio al analizar sus odas han transmitido a la posteridad aquel sincero arranque de egotismo del poeta latino: "¡No moriré todo entero, mi obra me sobrevivirá!"

Consciente de su fama Ovidio exclama: "¡Soy el autor más leído del mundo... Mis libros andan en las manos de todos los vecinos de Roma!"

El comercio de los libros entre los griegos es narrado con pluma maestra y luce con gran señorío en *La crítica en la Edad Ateniese*, de Alfonso Reyes, el humanista mexicano, amigo inseparable de nuestro Pedro Henríquez Ureña. La tradición clásica rescatada por los hallazgos de la papirología, en las excavaciones arqueológicas de suntuosos vestigios de ciudades de la Antigüedad, está representada por las huellas luminosas del pensamiento de Tucídides, Jenofonte, Hesíodo, Píndaro, Sófocles, Herodoto, Safo y Teócrito.

Los libros han sido los arquitectos de los grandes hombres de la humanidad. Se ha dicho con justicia que *La Ilíada* de Homero modeló a Alejandro; que los Comentarios de Julio César forjaron a Napoleón; que el libro de Marco Polo estimuló la portentosa empresa descubridora de Cristóbal Colón; que las obras de los enciclopedistas Diderot, D'Alembert, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Condillac y Turgot, engendraron el espíritu de la Revolución Francesa, que eclipsó el poder absoluto de los reyes y encendió la aurora de la libertad, porque el incendio de La Bastilla sigue iluminando el mundo y la Declaración de los Derechos del Hombre sigue siendo el Código más formidable que a la democracia han escrito los filósofos, eternos heraldos de los pueblos, desde Moisés hasta Mahatma Gandhi.

Las obras de los pensadores del siglo XVIII imprimieron visión redentora y heroísmo en el espíritu de los próceres que forjaron la emancipación americana. El primero que desfila es el Precursor, Generalísimo Francisco de Miranda, erudito de resplandeciente estampa, que influyó en los destinos del Nuevo Mundo y en cuya bien nutrida biblioteca de Londres abrevaron sabiduría y orientación definitiva Simón Bolívar y Don Andrés Bello, el primero como Libertador y el segundo como humanista y Maestro del Continente.

Los clásicos griegos y latinos y los iluminados del siglo de oro español lograron hacer germinar en el corazón y en el espíritu de José Martí la luz, la música y el vuelo de águila, con que aún deslumbran la prosa, la poesía y el verbo del mártir de Dos Ríos, forjador de una obra que es gloria imperecedera de la lengua castellana.

Del Inca Garcilaso de la Vega, afirma Arturo Uslar Pietri, primate de la cultura venezolana actual, que: "en pensamiento, modelos y gusto va a darse por entero al Renacimiento. Va formando una selecta y típica biblioteca de humanista" y denota que el mestizo americano vierte su pensamiento "en suave y elegante prosa, de clásica claridad."

Existen grandes libros en la humanidad que son especie de piedras angulares, de simientes, de antorchas. Entre éstos: *El Príncipe*, de Maquiavelo; *La Política*, de Aristóteles; *La República*, de Platón; *El Contrato Social*, de Rousseau; *La Divina Comedia*, de Dante; *El Paraíso Perdido*, de Milton; *La Ilíada* y *La Odisea*, de Homero; *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes y el libro más grande de la humanidad: *La Biblia*, el único libro que junto con el Diccionario, son las dos únicas obras que debían estudiar y analizar los poetas, según la famosa frase de Don Miguel de Unamuno, ex-rector de la Universidad de Salamanca.

Libros que leo sentado y libros que leo de pie, es el título de un ensayo de Don José Vasconcelos, trabajo que tuve el privilegio de escuchar de sus labios en julio de 1956 en la Biblioteca Nacional de México. El filósofo mexicano afirma que "Pensar es la más intensa y fecunda función de la vida" y que

“Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía.”

En el inicio de tan importante estudio bibliográfico, Vasconcelos proclama: *“Para distinguir los libros, hace tiempo que tengo en uso una clasificación que responde a las emociones que me causan. Los divido en libros que leo sentado y libros que leo de pie.”*”

Nicolás Cócara, ensayista argentino contemporáneo, en un reciente estudio sobre nuestro humanista por excelencia, proclama con énfasis que: *“Cuando se hable de una América de la justicia habrá que recordar en primer término, a un dominicano ejemplar, que se llamó Pedro Henríquez Ureña. Cuando se recuerden los grandes temas de la cultura no puede estar ausente su nombre”* y a continuación glosa un pensamiento del autor de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*:

“El ideal de la justicia está antes que el ideal de la cultura: es superior el hombre apasionado de la justicia al que sólo aspira a su sola perfección intelectual. Al diletantismo de Goethe, opongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus versiones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía.”

El libro como aliado de la cultura es la mejor plataforma, pedestal o muralla que puede preservar la juventud de los peligros, de los traumas, de los vicios, de las incógnitas y de todo ese marasmo de perturbaciones sociales que asedian, distorsionan y conducen al naufragio a la juventud de nuestra época.

Con la lectura como necesidad vital, como hábito cotidiano, no como entretenimiento, ni como panacea, ni como ánora de salvación, sino como aquella coraza que forjamos en nuestro espíritu cuando los conocimientos adquiridos se

convierten en un estado de conciencia, en una segunda personalidad, hemos tomado el libro toda la fuerza de su divina sabiduría.

Cuando la juventud puede proclamar con orgullo: *Yo soy yo y mi cultura*, estamos en presencia de dos entidades humanas con un solo corazón y un solo cerebro bien nutrido de ideas nobles, ideas en que imperan claros conceptos sobre la moral, el amor y la justicia. Cada miembro de la juventud, cada ente humano de una generación debe sentirse a través de la cultura adquirida, seguro de sí mismo; no un esclavo de la religión o temeroso de Dios, sino un ser consciente de que Dios está con nosotros cuando trillamos los caminos de la virtud más acrisolada y del bien común; conscientes también de que Dios nos repudia y nos castiga cuando mentimos, cuando sentimos recelo o abrigamos beligerancia contra nuestros congéneres.

Dios está presente en todos los momentos de nuestra vida. Dios es una antorcha que habita en la conciencia del hombre bueno y el hombre bueno tiene el privilegio de escuchar su palabra en momentos de bonanza o de tribulación.

Romain Rolland, en aquel famoso mensaje a la juventud, puso de resalto esta consigna: "*Mi primera palabra a los jóvenes es: actuar.*"

El ilustre letrado francés epilogó su discurso con esta viril exhortación:

"Cada uno de nosotros es más que un hombre; cada uno de nosotros es un millón, es un pueblo en marcha; y con esos millones, con esos pueblos, en marcha, van nuestros dioses, nuestros ideales, los más altos que jamás hayan guiado a las multitudes humanas."

Como complemento al pensamiento del sabio francés, sustentamos el criterio de que uno es dos hombres por lo que sabe y mil hombres por lo que ignora. Esta verdad penetra en nuestra alma al contemplar el infinito de la sabiduría humana.